

LA CASONA

*“Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueña tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
veíase el arpa”*

Gustavo Adolfo Bécquer

El libro abierto sobre la mesa, y que casualmente deja a la vista este poema, parece premonitorio. Quizás quiera anunciar de alguna manera el destino que ha deparado a todo lo que le rodea.

Hace muchos años que esperaba este momento. La visita a la casa, mejor dicho casona, de mis abuelos en el pueblo ha sido una de mis obsesiones en los últimos años.

Esto no es un capricho, sino una necesidad. Quiero volver a pisar esas habitaciones en las que pasé tantos veranos en mi niñez. Mi insistencia nunca surtía efecto. Mi padre siempre encontraba disculpas: Que dónde vamos con el frío que hace. En verano, que con este bochorno cómo se me ocurre ni pensarlo. Que esta semana tengo médicos. Que si ahora he quedado con mis excompañeros de trabajo.

En resumen, más de tres años intentando convencer a mi padre para que me acompañara, sin conseguirlo. Ahora tiene una disculpa a la que no se puede poner ninguna objeción, falleció hace dos meses.

Por fin, hoy cumplo mi deseo. No sé si he escogido el día más adecuado. Al final voy a tener que dar la razón a mi padre, hace un calor que parece que se derriten las calles.

Acabo de llegar al pueblo. ¡Lo que ha cambiado desde mi última visita! He visto, por lo menos, seis casas nuevas.

Y aquí estoy, frente a la casona. Me quedo plantado y voy sacando de mis recuerdos cada piedra, cada ventana, la balconada central, la cornisa, el poyo de piedra adosado a la derecha de la puerta de entrada, los restos de una antigua farola, que hace años dejó de cumplir su luminoso cometido. También hay unos desconchones en el revoco que, al igual que las arrugas de mi rostro, marcan en la fachada el paso del tiempo.

Agarro con fuerza la llave que tenía mi padre guardada como un tesoro en el cajón de su mesilla. De hierro y pesada, calculo que pesará doscientos gramos. Me decido y me acerco a la puerta. Apunto el pesado hierro al ojo de la cerradura, la encajo y giro. Tengo que apretar para vencer la fuerte resistencia con que me encuentro y por fin consigo que gire. Doy las dos vueltas necesarias para abrir, vueltas que van acompañadas de un chirrido que casi me da grima. Empujo la puerta, que se une armónicamente con el chirrido de la cerradura, aunque todavía más estridente.

Me adentro en el zaguán penumbroso que despide un aroma entre rancio y húmedo. A la derecha se mantiene el escaño de madera donde mi abuelo solía sestar en las tórridas tardes del verano.

Me adentro por el pasillo que arranca desde el zaguán y desemboca en el salón comedor. A medio camino, a la derecha, está la cocina. Entro y veo en el centro un espacio vacío donde estaba la lumbre baja. En un rincón una “cocina bilbaína”, en otro de los rincones un gran fregadero de piedra. A un lado apoyada en una pared una mesa cobija, bajo ella, dos banquetes de madera. Del techo todavía cuelgan unos ganchos, que daban soporte a unos varales, sobre los que se colgaban los embutidos tras la matanza, para su secado.

Cierro los ojos y me viene a la memoria el olor a leña quemada y a los chorizos curándose. Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras una lágrima resbala por mi mejilla.

Salgo de la cocina y siguiendo el pasillo llego al salón comedor. Sin duda es la habitación más grande de la casa, aunque, a decir verdad, a mí me parecía más grande cuando yo era más pequeño.

Al fondo están las escaleras que tantas veces subía a escondidas, mientras todo el mundo dormía la siesta. Subo los peldaños que crujen bajo mi peso, amenazando con partirse en cualquier momento. Al fondo del pasillo veo la puerta entornada que da paso a una habitación donde pasé muchas horas, mientras los demás dormían, leyendo los libros que mi abuelo había recopilado durante toda su vida, hasta llenar todas las estanterías que cubren las paredes.

No ha cambiado nada. Una alfombra circular de esparto cubre casi la totalidad de la habitación, una mesa de nogal con sus patas torneadas ocupa el centro del salón, cuatro sillas sencillas de enea la rodean y ese sillón-mecedora al lado de una ventana en el que yo me sentaba para vivir

las distintas vidas que me ofrecían los libros. La ventana tiene unos visillos casi transparentes recogidos en cada hoja, que dejan ver una persiana de las de antes, de láminas de madera verdes y que se enrolla con una cuerda. Los rayos de luz se filtran entre las láminas de la persiana, dejando a la vista como pululan las motas de polvo flotando en el aire, y a un lado, donde se depositan los haces de rayos de luz alternando con sombras, se forma el trampantojo de una escalera que no lleva a ninguna parte.

Sobre la mesa hay un libro. Entre sus hojas asoma un sobre. Cojo el sobre que está cerrado. En su origen debía ser blanco, pero ahora tiene el aspecto amarillento que coge el papel con el paso del tiempo. Le doy la vuelta y me quedo helado, tiene escritas unas palabras: “Abrir cuando yo ya no esté” y la firma de mi abuelo Hermenegildo.

Mi abuelo murió hace tres años, y hasta ahora, parece que nadie ha encontrado este sobre.

Lo abro y dentro encuentro una hoja, una carta escrita a mano. Me acerco a “mi sillón-mecedora” y me dispongo a leer la misiva:

“No estaba presente pero lo vi.

Han pasado más de sesenta años. Mi amigo Lucio me vino a pedir ayuda. Quería que le cobijara. Le perseguían sus enemigos políticos, esos traidores que, como ganaron, se creían con el poder para disponer de la vida de los que perdieron. Perdedores que, en su mayor parte, eran gente de bien, que no habían hecho ningún mal a nadie. Ese era el caso de Lucio, cuyo único delito fue ser un maestro de pueblo e intentar educar en libertad a sus alumnos.

No me atreví y es una carga que llevo arrastrando desde entonces.

No te preocupes, me dijo, ya me apañaré. Y salió ocultándose entre las sombras de la noche.

No estaba presente pero lo vi. Mi corazón lo vio, sintió como se lo llevaban. Salí a buscarle pero no lo encontré. Volví a buscarle al día siguiente y no lo encontré. No le volví a ver. Desde entonces cada vez que me cruzaba con Carmela, su esposa, no podía mirarla.

Y para más castigo, Teresa, la hija de Lucio y Carmela, esa niña que tuvo que crecer sin un padre que la llevara de la mano, se casó con mi hijo. Mis nietos son los mismos nietos de Lucio y Carmela.

Con esta carta quiero librarme de esa congoja que me atrapa, pero estoy seguro que no lo conseguiré.

PERDONAD MI COBARDÍA”

La lectura me ha impactado. Quedo atrapado en la mecedora rumiando todo lo que he leído. Por fin consigo ponerme en pie, me tiemblan las piernas.

Vuelvo a mirar la mesa en cuya esquina se encuentran cubiertas de polvo no un arpa, sino las páginas de un libro cuyas primeras palabras son “Del salón en el ángulo oscuro....

Autor: Luis Encinas Regidor

E-mail: lencire@gmail.com

Título: LA CASONA